

CHRIS CLEAVE

Con el
CORAZÓN
en la
MANO

*Dos mujeres, dos mundos,
una amistad
que lo supera todo*

Traducción:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

1

Muchos días pienso que me gustaría ser una moneda de libra esterlina en lugar de una chica africana. Todo el mundo se alegraría de verme. Podría pasarme el fin de semana contigo y luego, de repente, porque soy así de caprichosa, me iría con el tipo de la tienda de la esquina. Pero tú no te pondrías triste, porque estarías comiéndote un pastelito de canela o tomándote una lata de coca-cola bien fresquita, y no te volverías a acordar de mí. Seríamos felices, como dos amantes que se conocen durante las vacaciones y que luego olvidan sus nombres para siempre.

Una moneda de libra esterlina puede ir allá donde considere que va a estar más segura. Es capaz de cruzar desiertos y océanos, dejando atrás el sonido de los disparos y el acre olor que desprenden los tejados de paja ardiendo. Cuando se siente protegida y amistosa, se gira y te sonrío, con una de esas sonrisas que Nkiruka, mi hermana mayor, lanzaba a los hombres de nuestra aldea durante aquel corto verano en el que dejó de ser una niña, pero todavía no era una mujer —antes, por supuesto, de que mi madre se la llevara a un lugar apartado para tener una charla seria con ella.

Pero, claro, una moneda de libra esterlina también sabe ponerse seria. Se puede disfrazar de poder, o de propiedad, y no hay nada más serio cuando eres una chica que no posee

ninguna de esas dos cosas. Tu único recurso es intentar atrapar la moneda y guardártela en el bolsillo para que no pueda escaparse a un país seguro a menos que te lleve con ella. Pero las monedas de libra se conocen todas las tretas de los hechiceros. Cuando se sienten perseguidas, las he visto perder la cola como una lagartija y, antes de que te des cuenta, sólo te quedan unos peniques en la mano. Y cuando por fin te crees que la has agarrado, la libra esterlina puede realizar un increíble truco de magia: transformarse no en uno, sino en dos billetes verdes idénticos de dólar americano. ¡Menuda cara de tonta que se te queda!

¡Cómo me gustaría ser una moneda de libra esterlina! Ella tiene libertad para viajar a un lugar seguro, mientras que nosotros sólo somos libres para verla partir. Éste es el gran logro de la raza humana. Lo llaman «globalización». A una chica como yo, los de inmigración la detienen en el aeropuerto, mientras que una moneda puede saltarse las barreras, esquivar los placajes de esos hombretones con gorra y uniforme y montarse en un taxi. «¿Adónde la llevo, señorita?». A la civilización occidental, buen hombre, ¡a toda pastilla!

¿Os habéis fijado con qué educación habla una moneda de libra esterlina? Lo hace con la voz de la reina Isabel II de Inglaterra. Lleva su rostro grabado encima y, a veces, cuando la miro atentamente, puedo ver que mueve los labios. Me la llevo a la oreja. ¿Qué dice? «Bájeme ahora mismo, jovencita, o llamo a la guardia».

Cuando la reina te habla en ese tono, ¿pensáis que es posible no obedecer? He leído que la gente que la rodea —reyes y primeros ministros incluidos— afirma que sus cuerpos responden a las órdenes de Su Majestad antes incluso de que sus cerebros puedan pensar por qué lo hacen. Pero fijaos bien en lo que os digo: no es la corona, ni el cetro, lo que produce este efecto. Yo podría engancharme una diadema en mi pelo rizado y cortito, o llevar un cetro en la mano, así, que los policías seguirían acercándoseme con sus enormes botas y me

dirían: «Bonito conjunto, señorita. ¿Nos permite echar un vistazo a sus papeles, por favor?». No, la corona y el cetro no son lo que confiere a la reina autoridad sobre sus dominios. Son su gramática y su acento. Por eso, resulta muy aconsejable hablar como ella. Así, podrías responder a los agentes, con una voz tan brillante como el fabuloso diamante Cullinan: «¡Válgame Dios! ¿Cómo se atreven?».

Si sigo viva, es gracias a que aprendí a hablar inglés como la reina. Seguramente pensaréis que no es tan difícil. A fin de cuentas, el inglés es el idioma oficial de mi país, Nigeria. Es cierto, pero el problema es que allí lo hablamos mucho mejor que vosotros. Para aprender el inglés de la reina, tuve que olvidarme de todas las ingeniosas salidas de mi lengua materna. Por ejemplo, Su Majestad nunca diría: «¡*Menúa wahala*¹ *s'armó!* Esa tipa se cameló a mi hijo *preferió* usando su poderoso trasero. *Tol* mundo sabía que iban a *acabá* como el rosario de la aurora». En su lugar, Su Majestad diría: «Mi difunta nuera utilizó sus encantos femeninos para contraer matrimonio con mi heredero. Era de prever que las cosas terminaran mal». Suena todo un poco triste, ¿no os parece? Aprender el inglés de la reina es como quitarse ese brillante esmalte rojo de las uñas de los pies la mañana después de un baile. Se tarda un montón y al final siempre queda un poquito, una manchita roja en las puntas que te recuerda lo bien que te lo pasaste. Así que, como os podéis imaginar, tardé bastante en aprenderlo. De todos modos, disponía de mucho tiempo libre, porque aprendí vuestro idioma en un centro de internamiento para extranjeros en Essex, al sudeste del Reino Unido. Me pasé dos años allí encerrada. Lo único que me sobraba era el tiempo.

Y os preguntaréis, ¿cómo superé todas las dificultades? Gracias a algo que me explicaron las veteranas: «Para sobrevivir, tienes que estar buena o hablar bien». Las chicas normalitas y las calladas parece que nunca tienen los papeles en regla.

¹ Término coloquial nigeriano que significa «problema». (N. del T.)

Como decís vosotros, «las repatrián». Nosotros decimos «las mandan a casa antes de lo previsto». Como si vuestro país fuera una fiesta infantil, algo demasiado bonito que no puede durar para siempre. Pero a las guapas y a las parlanchinas nos permiten quedarnos. Así vuestro país se vuelve más animado y colorido.

Os contaré lo que me pasó cuando me dejaron salir del centro de internamiento para extranjeros. Un oficial me entregó un cupón –un bono de transporte– y me dijo que podía llamar un taxi. Le contesté: «Le estoy muy agradecida, caballero. Que Dios bendiga su existencia, colme de alegría su corazón y dé prosperidad a sus seres más queridos». El agente dirigió la vista al techo, como si hubiera algo muy interesante allá arriba, y dijo: «¡Jesús!». Luego, señaló en dirección al pasillo y añadió: «Ahí tiene el teléfono».

Así que me puse en la cola del teléfono, pensando que igual me había pasado un poco al darle las gracias al agente. La reina simplemente habría dicho «Gracias», sin más. De hecho, Su Majestad le habría ordenado al agente que llamara él al maldito taxi, o lo habría mandado fusilar, le habría cortado la cabeza y la habría expuesto en la puerta de la torre de Londres. Allí mismo me di cuenta de que una cosa era aprender el inglés de la reina con libros y periódicos en mi celda del centro de internamiento, y otra muy distinta hablarlo con los ingleses. Estaba molesta conmigo misma. No puedes permitirte ir cometiendo errores así, chica, pensé. Si hablas como una salvaje que ha aprendido inglés en la bodega de un barco, la gente te descubrirá y te mandarán de vuelta a casa. Eso pensaba yo.

Había otras tres chicas delante de mí en la cola del teléfono. Nos dejaron salir el mismo día. Era viernes, una mañana de mayo soleada y clara. El pasillo estaba sucio pero olía a limpio. Qué buen truco, ¿verdad? Lo consiguen con lejía.

El vigilante del centro de internamiento estaba sentado en el mostrador de recepción. No nos prestaba atención, pues

leía un periódico que tenía sobre la mesa. No era uno de los periódicos con los que aprendí a hablar vuestro idioma –*The Times*, *The Telegraph* o *The Guardian*–. No, este periódico no era para gente como vosotros ni como yo. En la portada salía una foto de una mujer blanca en *topless*. Ya sabéis a lo que me refiero con esto, estoy hablando en vuestro idioma. Pero si estuviera contándoles esta historia a mi hermana mayor Nkiruka o a las otras chicas de mi aldea, tendría que detenerme ya mismo y explicarles que «*topless*» no significa que a la mujer del periódico le faltara la parte superior del cuerpo, sino que no llevaba nada de ropa en la parte de arriba. ¿Veis la diferencia?

–*Espera, ¿quién decir que no llevaba sujetadó?*

–*No, no llevaba sujetador.*

–*¡Ué!*

Entonces podría seguir con mi historia, pero las chicas de mi aldea se pondrían a cuchichear, tapándose la boca para ocultar sus risitas. Luego, justo cuando volviera a explicar lo que me pasó la mañana que me dejaron salir del centro de internamiento para extranjeros, las chicas me interrumpirían otra vez, y Nkiruka diría:

–*A ver, vamos a ver. Pa que nos quede claro. Esa mujé del periódico, era una prostituta, ¿no? Una mujé de la calle. Seguro que no levantaba la vista de la vergüenza, ¿verdá?*

–*Pues no. Al contrario, tenía la cabeza levantada, miraba directamente a la cámara y sonreía.*

–*¿Cómo? ¿En el periódico?*

–*Sí.*

–*Entonces, ¿en Gran Bretaña no es una deshonra enseñá las tetas en el periódico?*

–*No, no es una deshonra. A los hombres les gusta y no lo consideran una vergüenza. Si no, las chicas no sonreirían, ¿lo entendéis?*

–*Entonces, ¿toas las mujeres allí van enseñando los pechos por ahí? ¿Salen de casa con las tetas al aire y van así a la iglesia, a la tienda, por la calle?*

—No, sólo en los periódicos.

—Pero si a los hombres les gusta y no es una deshonra, ¿por qué no van toas enseñando las tetas?

—No lo sé.

—Te has pasado allí más de dos años, señorita «he-estado-aquí-y-allá». ¿Cómo es que no lo sabes?

—Allí todo es así. En aquel país, me pasaba casi todo el rato confundida. A veces creo que hasta los británicos no conocen la respuesta a esas preguntas.

—¡Ué!

Así sería mi historia si tuviera que pararme a aclararles el más mínimo detalle a las chicas de mi aldea. Tendría que explicarles qué son el linóleo, la lejía, el porno *softcore* o las mágicas transformaciones de la moneda de libra esterlina, como si todas estas cosas cotidianas fueran prodigiosos misterios. Mi relato no tardaría en perderse en ese vasto océano de maravillas, pues parecería que vuestro país es una fascinante confederación de milagros y mis aventuras en él resultarían insignificantes y carentes de magia. Pero con vosotros resulta más fácil, porque puedo deciros: mirad, la mañana que nos soltaron, el vigilante de guardia en el centro de internamiento para extranjeros estaba mirando una foto de una chica en *topless* en el periódico. Vosotros lo comprendéis al instante. Por ese motivo me pasé dos años aprendiendo el inglés de la reina, para poder charlar con vosotros sin interrupciones.

El vigilante del centro de internamiento, ése que estaba mirando la foto de la chica en *topless*, era un hombre bajito con el pelo muy blanco, del color de la crema de champiñones que nos daban de comer los martes. Tenía unas muñecas delgadas y blancas que parecían cables eléctricos recubiertos de plástico. El uniforme le quedaba grande. Los hombros de la chaqueta formaban dos bultos, uno a cada lado de la cabeza, como si tuviera un par de animalillos escondidos debajo. Me imaginé a esas criaturas parpadeando deslumbradas por la luz cuando el hombre se quitara la chaqueta al volver a casa. La

verdad, caballero, si yo fuera su esposa no me quitaría el sujetador delante de usted, gracias.

Entonces, pensé: «Caballero, ¿por qué mira usted a esa mujer del periódico y no a nosotras, en la cola del teléfono? ¿Y si nos escapamos?». Pero entonces me acordé de que nos estaban soltando. Era algo difícil de asimilar después de tanto tiempo encerradas. Dos años me pasé en ese centro de internamiento. Tenía catorce años cuando llegué a vuestro país, pero como no llevaba ningún papel que lo demostrara, me metieron en el mismo centro que a los adultos. El problema era que en ese sitio metían a hombres y a mujeres. Por la noche llevaban a los hombres a un ala separada, encerrándolos como lobos cuando caía el sol, pero durante el día andaban entre nosotras. Comían lo mismo que nosotras, pero siempre parecía que los hombres se quedaban con hambre y me miraban con ojos ávidos. Por eso, cuando las veteranas me dijeron que para sobrevivir tenía que estar buena o hablar bien, decidí que lo mejor sería optar por lo segundo.

Intenté resultar lo menos apetecible posible. Renuncié a lavarme y dejé que mi piel se volviera aceitosa. Me anudé una tira de algodón alrededor del pecho, debajo de la ropa, para que mis tetas parecieran pequeñas y planas. Cuando llegaban las cajas de caridad, llenas de ropa y zapatos usados, algunas chicas intentaban ponerse guapas. Yo prefería hurgar entre los cartones hasta encontrar ropas anchas que ocultaran mis curvas. Llevaba siempre unos vaqueros holgados, una camisa hawaiana de hombre y unas pesadas botas negras con la puntera de metal asomando bajo el desgastado cuero. Le pedí a la enfermera del centro de internamiento que me cortara el pelo muy cortito con unas tijeras médicas. Durante dos años enteros no sonreí ni miré a la cara a un hombre. Les tenía pánico. Sólo por la noche, cuando los encerraban, volvía a mi celda, me desataba la tira del pecho y respiraba aliviada. Después me quitaba las botas y me acurrucaba con las rodillas pegadas a la barbilla. Una vez a la semana, me sentaba en el colchón de

espuma de mi cama y me pintaba las uñas de los pies. Encontré un botecito de esmalte en el fondo de una caja de caridad. Todavía llevaba pegada la etiqueta del precio. Si alguna vez descubro a la persona que lo donó, le diré que por una libra y noventa y nueve peniques me había salvado la vida. Porque para eso me sirvió el esmalte en aquel lugar: para recordarme constantemente que, en el fondo, seguía viva; que, por debajo de la puntera de acero de mis botas, llevaba las uñas pintadas de rojo brillante. A veces, cuando me descalzaba, tenía que cerrar los ojos para contener las lágrimas mientras me mecía tiritando de frío.

Nkiruka, mi hermana mayor, se convirtió en mujer durante la estación de cultivo, bajo el sol de África. ¿Quién podría culparla si el ardiente calor del astro rey la convirtió en una coqueta alocada? ¿Qué vecino no sonreiría comprensivo, apoyado en el marco de la puerta de su casa, cuando veía a mi madre sentada frente a su hija regañándola: «Nkiruka, cariño, no debes sonreír así a los hombres mayores»?

Yo, sin embargo, me hice mujer bajo un tubo de luz fluorescente, en una habitación soterrada de un centro de internamiento para extranjeros, a unos sesenta kilómetros al este de Londres. Allí dentro no había estaciones, sólo frío, frío y más frío, y no tenía a nadie a quien sonreír. Esos gélidos años se han quedado congelados en mi interior. La muchacha africana a la que encerraron en el centro de internamiento, pobrecita, nunca salió de allí. En mi alma, aquella chiquilla que una vez fui sigue atrapada, para siempre, bajo las luces fluorescentes, hecha un ovillo sobre el suelo de linóleo verde, con las rodillas pegadas a la barbilla. Esta mujer a la que sacaron del centro de internamiento, esta criatura que soy ahora, es un ser humano distinto. Ya no hay nada natural en mí. Nací —o, mejor dicho, renací— en cautividad. Aprendí el idioma que hablo de vuestros periódicos, mi ropa es la que vosotros tiráis, y mis bolsillos me duelen porque no tienen vuestras libras. Si me hacéis el favor, imaginaos por un momento el rostro de una

sonriente jovencita recortada de uno de esos anuncios de *Save the Children* de las revistas, vestida con ropas raídas de color rosa sacadas del contenedor de reciclaje del aparcamiento de vuestro supermercado, y que habla inglés como un editoria- lista de *The Times*. Yo misma me cambiaría de acera para no cruzarme conmigo. Lo cierto es que esto es lo único en lo que la gente de mi país y la del vuestro están de acuerdo. Todos dicen lo mismo: «Esta refugiada no es de los nuestros». Esta chica no es de aquí, es un bicho raro, fruto de un apare- miento contra natura, un rostro desconocido de la Luna.

Eso soy yo, una refugiada, y me encuentro muy sola. ¿Es culpa mía si no parezco inglesa y no hablo como una nige- riana? ¿Y quién dice que una inglesa deba tener la piel blanca como las nubes que surcan los cielos en verano? ¿Y quién dice que una nigeriana tenga que hablar un inglés patatero, como si el idioma de Shakespeare se hubiera chocado con el igbo allá arriba, en la atmósfera superior, y lloviera en nues- tras bocas como una ducha que nos medio ahoga? ¿Por qué en mi país todos tenemos que vomitar dulces cuentos llenos de los brillantes colores de África y con sabor a plátano frito? ¿Por qué tenemos que ser como víctimas rescatadas de una inundación, escupiendo el agua colonial de sus pulmones?

Os pido disculpas por haber aprendido a hablar vuestro idioma correctamente, pero es que quiero contaros una his- toria de verdad. No estoy aquí para hablaros de los brillantes colores africanos. He renacido como ciudadana del mundo desarrollado, y voy a demostraros que el color de mi vida es el gris. Y aunque en secreto adore el plátano frito, eso es algo que debe quedar entre vosotros y yo. Os ruego que, por favor, no se lo contéis a nadie, ¿vale?

La mañana que nos dejaron salir del centro de interna- miento para extranjeros, nos entregaron todas nuestras perte- nencias. Las mías iban en una bolsa de plástico transparente: una edición de bolsillo del diccionario Collins de inglés, un par de calcetines grises, un par de bragas grises, un permiso de

conducir del Reino Unido –que no era mía– y una mohosa tarjeta de visita –que tampoco era mía–. Por si os interesa, este par de objetos pertenecía a un hombre blanco llamado Andrew O'Rourke, al que conocí en una playa.

Llevaba esta bolsita de plástico en la mano cuando el vigilante me dijo que me pusiera en la cola del teléfono. La primera chica de la fila era alta y guapa. Parece que apostó por estar buena, no por el idioma. Me preguntaba quiénes habríamos hecho la mejor elección para sobrevivir. Aquella muchacha se había depilado por completo las cejas y luego se las había dibujado con lápiz. Ésa era su estrategia para salvar la vida. Llevaba un vestido morado, ajustado en el pecho y holgado por abajo, con estrellitas y lunas rosas estampadas. Tenía un bonito pañuelo, también rosa, enroscado en el pelo, y sandalias moradas. Pensé que debía de llevar mucho tiempo encerrada en el centro de internamiento. Como comprenderéis, hay que pasar por un montón de cajas de caridad para reunir un conjunto en el que vaya todo a juego.

Las piernas de piel oscura de la chica estaban llenas de pequeñas cicatrices blancas. Me preguntaba si tendría marcas de ésas por todo el cuerpo, igual que las estrellitas y las lunas de su vestido. Me pareció que también era algo bonito, y os pido que convengáis conmigo en que una cicatriz nunca es fea. Eso es lo que quieren que pensemos los que nos hacen las heridas. Pero tenemos que unirnos y estar de acuerdo para hacerles frente. Tenemos que ver todas las cicatrices como algo bonito, ¿vale? Será nuestro secreto. Pensad en esto: los muertos no tienen cicatrices. Una cicatriz significa: «He sobrevivido».

Dentro de un suspiro voy a contaros cosas un poco tristes. Tenéis que escucharlas con el mismo espíritu con el que hemos acordado tomarnos lo de las cicatrices. Las historias tristes no son más que otra forma de belleza. Un relato triste significa que quien lo cuenta sigue vivo y que lo próximo que

le va a pasar es algo bueno, algo maravilloso, y os mirará sonriente.

La chica del vestido morado y las cicatrices en las piernas estaba hablando por el teléfono.

—¡*Güenas!* ¿Es un taxi? —decía al aparato—. ¿*Pué* venir a recogerme? ¿*Sí?* *Mu* bien. ¿Qué? ¿De *ande* soy? *Pos* de Jamaica, guapo, ¿algún problema? ¿Eh? ¿Qué? ¿Que *ande* estoy? Vale, espera un segundo.

Tapó el auricular con la mano, se giró hacia la segunda chica de la cola y le preguntó:

—Oye, bonita, ¿sabes cómo se llama este sitio? ¿*Ande* estamos?

Pero la muchacha la miró encogiéndose de hombros. Era una joven delgada y tenía la piel muy oscura y los ojos de un color verde que me recordaba a cuando chupas el azúcar de un caramelo y lo miras contra la luz de la luna. Era muy guapa, no sé cómo explicarlo. Llevaba un sari amarillo y tenía una bolsa de plástico transparente como la mía, pero sin nada en su interior. Al principio pensé que estaba vacía, y me dije: «¿Por qué esta chica lleva una bolsa si está vacía?». A través del plástico transparente se podía ver su sari, así que decidí que su bolsa estaba llena de amarillo limón. Era su única pertenencia cuando nos soltaron.

Conocía un poco a esta chica. Una vez compartimos habitación durante un par de semanas, pero no hablamos nada. No entendía ni una sola palabra de inglés en ninguna de sus variantes. Por ese motivo, cuando la chica del teléfono le preguntó dónde estábamos, lo único que hizo fue encogerse de hombros y agarrar con fuerza su bolsa llena de amarillo limón. La del teléfono alzó la vista al techo, igual que había hecho el vigilante de la recepción del centro de internamiento.

Entonces la que estaba hablando por teléfono se dirigió a la tercera chica de la fila y le preguntó:

—Oye, tú, ¿sabes cómo se llama el sitio este?

Pero la tercera chica tampoco lo sabía. Se quedó callada, con su camiseta azul, sus pantalones vaqueros y sus zapatillas deportivas verdes Dunlop Flash, bajando la vista y mirando su bolsa de plástico transparente, llena de cartas y documentos. Llevaba tantos papeles en esa bolsa, todos arrugados y hechos una bola, que tenía que poner una mano por debajo para que no reventara. A ésta también la conocía un poco. No era guapa ni tampoco hablaba muy bien, pero hay una cosa más que puede evitar que te devuelvan a casa antes de lo previsto: esta chica tenía su historia escrita en papeles oficiales, con sellos al final del relato que decían en tinta roja que todo era «CIERTO». Recuerdo que una vez me contó su historia. Era algo así como:

*los-hombres-llegaron-y-
prendieron-fuego-a-mi-aldea-
ataron-a-mis-niñas-
violaron-a-mis-niñas-
se-llevaron-a-mis-niñas-
azotaron-a-mi-marido-
me-cortaron-el-pecho-
escapé-por-el-bosque-
encontré-un-barco-
crucé-el-océano-*

y-luego-me-metieron-aquí. O algo parecido. Siempre me hago un lío con esas historias del centro de internamiento. Todas empiezan con «*los-hombres-llegaron-y...*», y todas terminan con «*...y-luego-me-metieron-aquí*». Todas son tristes, pero recordad lo que hemos dicho sobre las historias tristes. En el caso de esta mujer, la tercera chica de la cola del teléfono, su historia la había convertido en una persona tan triste que no conocía el nombre del sitio en el que estaba y tampoco le interesaba saberlo. Había perdido la curiosidad.

Por eso, la chica que estaba al teléfono volvió a preguntarle:

—¿Qué?... ¿Tú tampoco hablas? ¡Joé! ¿Cómo es posible que no sepáis el nombre de este puñetero sitio?

Entonces, la tercera chica de la fila alzó la vista al techo, y la que estaba al teléfono la imitó. Pensé: «Vamos a ver, si el vigilante del centro de internamiento ha mirado al techo una vez, la chica número tres, otra, y la chica número uno ha mirado al techo dos veces... ¡A ver si la respuesta va a estar en el techo! Igual hay algo divertido ahí arriba. Puede que haya historias escritas, algo así como:

*Los-hombres-llegaron-y-
nos-trajeron-vestidos-de-colores-
y-leña-para-el-fuego-
contaron-chistes-divertidos-
nos-invitaron-a-cerveza-
nos-hicieron-cosquillas-hasta-hacernos-reír-
mataron-a-los-mosquitos-que-nos-picaban-
nos-contaron-el-secreto-para-atrapar-la-moneda-de-una-libra-
convirtieron-la-luna-en-queso-
¡Ah!, sí... y luego me metieron aquí.*

Dirigí la vista al techo, pero ahí arriba sólo había pintura blanca y tubos fluorescentes.

La chica del teléfono me miró, así que le dije:

—Este sitio se llama Centro de Internamiento para Extranjeros de Black Hill.

La chica me miró contrariada y exclamó:

—¡'tas de broma! ¿Qué clase de nombre es ése?

Le señalé el cartel metálico que estaba clavado en la pared justo encima del teléfono. La chica lo observó, luego se dirigió de nuevo a mí y me dijo:

—Lo siento, guapa, pero no lo *pueo leé*.

Así que se lo leí, apuntando cada palabra mientras las pronunciaba: «CENTRO DE INTERNAMIENTO PARA EXTRANJEROS DE BLACK HILL, HIGH EASTER, CHELMSFORD, ESSEX».

—*Grasias*, guapa —me dijo, y tomando de nuevo el auricular continuó—: A ver, oiga, *señó*, estoy en un sitio que se llama

Centro de *Entrenamiento pa* Extranjeros Black Hill. —Tras una pausa, añadió—: No, espere, por *favó*.

Su rostro se ensombreció y colgó el teléfono.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Soltó un suspiro y me contestó:

—El hombre del taxi *m'ha* dicho que no recoge a gente de este sitio. También ha dicho: Sois «escoria». ¿Tú sabes qué significa eso?

Le contesté que no, porque no estaba segura, así que saqué mi diccionario Collins de la bolsa transparente y busqué la palabra.

—Según ese hombre —dije—, somos una sustancia vítrea que sobrenada en el crisol de los hornos de fundir metales, formada por las impurezas de éstos.

La chica me miró, yo la miré, y las dos nos echamos a reír porque no sabíamos qué hacer con esa definición. Siempre tenía este problema cuando aprendía vuestro idioma. Las palabras saben defenderse. Cuando parece que vas a atrapar una, va y se divide en dos significados distintos, dejándote con cara de tonta y sin comprender nada. Os admiro, la verdad. Sois como hechiceros y habéis conseguido que vuestro lenguaje sea tan inaccesible como vuestro dinero.

Así que la primera chica de la cola del teléfono y yo estábamos riéndonos, con nuestras bolsas de plástico transparente en la mano. En la suya había un lápiz de cejas, unas pinzas y tres rodajas de piña secas. Cuando vio que estaba mirando sus pertenencias, la muchacha dejó de reír.

—¿Qué miras? —me preguntó.

—No lo sé —contesté.

—Sé lo que estás pensando —dijo—. Piensas que el taxi no va a *vení* a buscarme y que *ánde* voy a ir yo con un lápiz de cejas, unas pinzas y tres rodajas de piña.

—Podrías utilizar el lápiz para escribir un mensaje que diga: «AYÚDENME», y luego regalarle las rodajas de piña a quien te ayude.

La chica me miró como si yo estuviera mal de la cabeza y dijo:

—Mira, bonita: primero, no tengo papel *pa escribí* ningún mensaje, y segundo, no sé *escribí*. Sólo sé dibujarme las cejas. Y tercero, esta piña es *pa mí*.

Me lanzó una mirada desafiante abriendo mucho los ojos.

Mientras esto sucedía, la segunda chica de la cola —la del sari amarillo limón y la bolsa transparente llena de amarillo— se convirtió en la primera chica de la cola y ya tenía el auricular en la mano. Murmuraba al aparato en un idioma que sonaba a mariposas atrapadas en miel. Le di unos golpecitos en el hombro y tiré de su sari, diciéndole:

—Disculpa. Es mejor que intentes hablarles en inglés.

La muchacha del sari me miró y dejó de hablar en su idioma de mariposas. Muy despacito y con mucho cuidado, como si estuviera recordando las palabras de un sueño, dijo al teléfono:

—Inglaterra... *Yes, please...*, *yes, please...* Quiero ir a Inglaterra. *Thank you*.

Entonces, la chica del vestido morado acercó su nariz a la cara de la del sari amarillo limón, posó un dedo en su frente e hizo un sonido con la boca parecido al que hace el palo de una escoba al chocar con un barril vacío.

—¡Toc!, ¡toc! ¿Hay alguien ahí?... Ya estás en Inglaterra, ¡que no te enteras! —Apuntó con los dedos índices de ambas manos hacia el suelo de linóleo y añadió—: Esto es Inglaterra, cariño. ¿Es que no lo ves? ¡Aquí mismito! Ya estamos en Inglaterra.

La chica del sari amarillo se quedó callada, contemplándola con sus ojos verdes como lunas de caramelo. La del vestido morado, la jamaicana, exclamó arrebatándole el auricular:

—Anda, trae *p'acá*. —Se llevó el teléfono a la oreja y dijo—: Oiga, mire, un segundo.

Después permaneció unos instantes en silencio con cara de incredulidad, y me pasó el auricular. Escuché, pero sólo se

oía el tono de la línea. Así que me dirigí a la chica del sari y le expliqué:

—Primero tienes que marcar un número, ¿me entiendes? Primero, marcar un número, después, decirle al taxista adónde quieres ir, ¿vale?

Pero la del sari me miró enfadada y agarró con fuerza su bolsa transparente llena de amarillo limón, como si temiese que fuera a quitársela igual que la otra chica le había arrebatado el teléfono. La del vestido morado suspiró y me dijo:

—No sirve de *na*, guapa. Puede *llegá* el día del Juicio antes de que ésta llame a un taxi. —Pasándome el auricular, añadió—: Toma, anda. Inténtalo tú a ver.

Señalé a la tercera chica de la cola, la de la bolsa llena de documentos, la camiseta azul y las zapatillas deportivas verdes Dunlop Flash.

—¿Y ella? —pregunté—. Está delante de mí.

—Es cierto —dijo la del vestido morado—, pero a esta *mujé* le falta *mo-ti-va-sión*. ¿*Verdá* que sí, guapa?

Y miró a la chica de los documentos, que se limitó a encogerse de hombros y bajar la vista y mirar sus zapatillas deportivas verdes Dunlop Flash.

—¿No lo *desía* yo? —comentó la del vestido morado, y girándose hacia mí añadió—: Así que te toca, guapa. *Tiés* que sacarnos *d'aquí* con tu labia, antes de que cambien de opinión y nos vuelvan a *enserrá*.

Contemplé al auricular, gris y sucio, y sentí miedo.

—¿A dónde quieres ir? —le pregunté a la del vestido morado.

—*Ande* sea.

—¿Perdón?

—¡A cualquier sitio, bonita!

Marqué el número de los taxis que estaba escrito en el teléfono. Me contestó una voz masculina que sonaba muy cansada:

–Servicio de taxis.

Por el modo en que lo dijo, se diría que me estaba haciendo un gran favor sólo por pronunciar esas tres palabras.

–Buenos días, caballero. Si fuera posible, querría contratar los servicios de un vehículo, por favor.

–¿Qué? ¿Cómo dice? ¿Quiere un taxi o no?

–Sí, por favor. Querría un taxi para cuatro pasajeros.

–¿Desde dónde llama?

–Desde el Centro de Internamiento para Extranjeros de Black Hill, en High Easter. Queda cerca de Chelmsford.

–Ya sé dónde está ese sitio. Mire, jovencita...

–Está bien, está bien. Ya sé que no recogen a refugiados. Nosotras somos empleadas de la limpieza, no inmigrantes. Trabajamos aquí.

–¿Sois empleadas de la limpieza?

–Sí, señor.

–Espero que sea cierto. Si me dieran una libra por cada maldito inmigrante que se monta en mis taxis sin tener ni idea de adónde quiere ir, que le habla al conductor en suajili y que intenta pagar la carrera con cigarrillos, ahora mismo estaría jugando al golf en lugar de hablando contigo.

–No se inquiete, caballero. Nosotras somos honradas empleadas de la limpieza.

–De acuerdo. Es verdad que no hablas como esa gentuza. ¿Adónde queréis ir?

Había memorizado la dirección del permiso de conducir que llevaba en mi bolsa de plástico. Andrew O'Rourke, el blanco a quien conocí en la playa, vivía en Kingston-upon-Thames, en el condado de Surrey. Así que dije:

–Queremos ir a Kingston.

La chica del vestido morado me agarró del brazo y me dijo entre dientes:

–¡Ah, no, bonita, eso sí que no! ¡A cualquier sitio menos a Jamaica! Me matarán si vuelvo a *poné* un pie allí. ¡No pienso ir!

En aquel momento no entendí de qué tenía miedo, pero ahora lo sé. Hay un lugar que se llama Kingston en Inglaterra, y por lo visto hay otro con el mismo nombre en Jamaica, aunque con un clima totalmente distinto. Otro de vuestros trucos de hechiceros: hasta vuestras ciudades tienen dos colas.

—¿Kingston? —dijo el hombre del teléfono.

—Kingston-upon-Thames —añadí yo.

—Pero si eso está a tomar por el saco, ¿no? Está en... ¿dónde está?

—En Surrey —dije.

—Surrey, eso es. Así que sois cuatro limpiadoras del boscoso Surrey. ¿No es así?

—No, somos empleadas de la limpieza de por aquí, pero nos envían a un trabajo en Surrey.

—Vale, vale. ¿Al contado o a cuenta? —el hombre parecía muy cansado.

—¿Disculpe?

—Que si vais a pagar en metálico, o lo cargáis a cuenta del centro de internamiento.

—Pagaremos en metálico, caballero. Pagaremos en cuanto lleguemos a nuestro destino.

—Más os vale —dijo el hombre, y colgó.

Permanecí un minuto escuchando el tono y luego pulsé la base del teléfono y marqué otro número, el que aparecía en la tarjeta de visita que llevaba en mi bolsa de plástico. La tarjeta se había mojado, por eso no sabía si el último número era un 3 o un 8. Me decidí por el 8, ya que en mi país los impares dan mal fario, y bastante mala suerte había tenido ya en mi vida.

Un hombre contestó. Parecía bastante enfadado.

—¿Quién es? ¡Joder! Son las seis de la mañana.

—¿El señor Andrew O'Rourke?

—Sí, ¿quién eres?

—¿Puedo pasar a verlo, señor?

—¿Quién coño eres?

—Nos conocimos en una playa, en Nigeria. Le recuerdo muy bien, señor O'Rourke. Ahora estoy en Inglaterra. ¿Puedo pasar a visitarlo a usted y a Sarah? No tengo adonde ir.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Luego el hombre tosió y se echó a reír.

—Eres una bromista, ¿verdad? ¿Quién eres? Mira, te lo advierto: en mi trabajo me cruzo con chalados como tú casi todos los días. Déjame en paz, o lo lamentarás. Sé cómo hacer que te pillen. Localizarán esta llamada, descubrirán quién eres y te encerrarán. No vas a ser la primera.

—¿No me cree? Soy yo, de verdad.

—Déjame en paz, ¿entendido? No quiero volver a oír hablar de esa historia. Todo eso sucedió hace muchos años, y no fue por mi culpa.

—Me pasaré por su casa para que vea que soy yo de verdad.

—¡No!

—No conozco a nadie más en este país, señor O'Rourke. Lo siento. Llamaba sólo para que lo supiera.

La voz del hombre ya no sonaba enfadada. Soltó un ruidito, como el que hacen los niños cuando están nerviosos ante lo que pueda pasar. Colgué el teléfono y me giré hacia las demás chicas. El corazón me latía acelerado, pensé que iba a ponerme a vomitar ahí mismo, sobre el suelo de linóleo. Las otras me miraban tensas y expectantes.

—¿Y bien? —preguntó la chica del vestido morado.

—¿Eh? —contesté.

—El taxi, bonita. ¿Qué pasa con el taxi?

—Ah, sí, el taxi... El hombre me dijo que un coche vendrá a recogernos dentro de diez minutos. Que lo esperemos fuera.

La del vestido morado sonrió y se presentó:

—Me llamo Yvette. Soy jamaicana, sí *señó*. Nos has hecho un gran *favó*, guapa. ¿Cómo te llamas?

–Me llamo Little Bee².

–¿Qué? ¿Qué clase de nombre es ése?

–Es como me llamo.

–¿En tu país le ponéis a las tías nombres de insecto? ¿D'ande leches eres tú?

–De Nigeria.

Yevette se echó a reír, con una de esas carcajadas que suelta el jefe de los malos en las películas de piratas. «¡Wu-ja-ja-ja-ja!». Hasta el auricular del teléfono tembló sobre su base.

–¡Nigeria! –exclamó Yevette, girándose hacia las otras, la del sari y la de los documentos–. Venga, chicas. ¡Somos las *Naciones Unidas*! Hoy nos toca seguir *toas* a Nigeria. ¡Wu-ja-ja-ja-ja!

Yevette seguía riéndose mientras las cuatro pasamos por delante del mostrador de recepción hacia la puerta. El vigilante levantó la vista de su periódico para mirarnos. Ya no se veía a la chica del *topless*, el hombre había pasado de página. En su lugar, había un titular que decía: «LOS INMIGRANTES EN BUSCA DE ASILO SE COMEN LOS CISNES DE NUESTRO PARQUE». Miré al agente, pero él no me devolvió la mirada. Mientras lo observaba, tapó el titular con el brazo, fingiendo que se rasaba el codo. O igual era verdad que le picaba el codo, no sé. Me di cuenta de que era una ignorante en lo relativo a los hombres, sólo les tenía miedo. Igual, cuando tienes un uniforme que te queda demasiado grande, una mesa que te queda demasiado pequeña, un turno de ocho horas que se te hace demasiado largo y, de repente, aparecen una chica sin motivación y con tres kilos de documentos, otra con ojos de caramelo y un sari amarillo tan guapa que no puedes mirarla por mucho tiempo sin que te revienten los ojos, una tercera de Nigeria con nombre de insecto y una ruidosa jamaicana que se ríe como el pirata Barba Azul... No sé, quizá en este tipo de situaciones a un hombre le pica el codo.

² Se ha preferido mantener el nombre original en inglés, que traducido al castellano Abejita. (*N. del T.*)

Me giré para mirar por última vez al vigilante justo antes de atravesar la puerta. El hombre nos contemplaba mientras salíamos. Parecía muy chiquitín y solitario ahí, con sus escuálidas muñecas, bajo la luz fluorescente que daba un tono verdoso a su piel, como el de las orugas recién salidas del huevo. El sol del amanecer brillaba a través del cristal de la puerta. El agente entrecerró los ojos, cegado por la claridad del día. Supongo que para él no seríamos más que siluetas. Abrió la boca, como para decir algo, pero permaneció en silencio.

—¿Sí? —le pregunté.

Pensé que iba a decirnos que había sido todo un error. Dudé si no deberíamos echar a correr. No quería regresar al centro de internamiento. Me preguntaba hasta dónde llegaríamos si escapábamos y si nos perseguirían con perros.

El agente se levantó. Oí cómo su silla arañaba el suelo de linóleo. Se quedó de pie, con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

—Chicas —dijo.

—¿Sí?

Bajó la vista al suelo, y luego volvió a mirarnos.

—Que tengáis mucha suerte —dijo.

Después de esto, nos dimos la vuelta y caminamos hacia la luz.

Empujé la puerta batiente y me quedé helada. Fue la luz del sol la que me congeló. Me sentía tan frágil después de pasar tanto tiempo en el centro de internamiento que temía que esos brillantes rayos de luz me fueran a partir en dos. No era capaz de dar ese primer paso en la calle.

—¿Qué pasa, Little Bee? —me preguntó Yvette, que estaba justo detrás de mí. Les bloqueaba el paso a todas.

—Un momento, por favor.

Fuera, el aire fresco olía a hierba húmeda. Una suave brisa me golpeó en el rostro y su aroma me dio miedo. Durante dos años, a mi nariz sólo había llegado el olor de la lejía, de mi esmalte de uñas y del tabaco de los otros detenidos. Todo

artificial, nada parecido a esto. Sentí que si daba un paso adelante, la tierra se abriría y me expulsaría, pues ya no quedaba nada natural en mí. Allí estaba, con mis botas militares y mi pecho envuelto en una tira de algodón, sin ser mujer ni niña. Una criatura que ha olvidado su idioma y ha aprendido el vuestro, y cuyo pasado se ha convertido en polvo.

—¡Venga, *qu'es pa* hoy! ¿A qué leches esperas, guapa?

—Tengo miedo, Yvette.

La jamaicana meneó la cabeza y se echó a reír.

—*Pos* fíjate, igual haces bien teniendo miedo, Little Bee, porque eres una chica lista. Igual yo soy *demasiao* boba *pa* *tené* miedo. Pero *m'he pasao diesiocho* meses *encerrá* en este sitio y si te crees que soy tan idiota como *pa* quedarme aquí un segundo más sólo por tus temblores y tus dudas, estás *mu equivocá*.

Me giré para mirarla a la cara y me agarré al marco de la puerta.

—No puedo moverme —dije.

Entonces Yvette me pegó un gran empujón en el pecho y me caí de espaldas. Así fue cómo, por primera vez, toqué suelo británico como una mujer libre: no con la suela de mis botas, sino aterrizando con el trasero de mi pantalón.

—¡Wu-ja-ja-ja-ja! —se rio Yvette—. *Bienvenía* al Reino *Unío*, guapa. ¿*Verdá* que es maravilloso?

Cuando recobré el aliento, me eché a reír yo también. Sentada en el suelo, notando el calor del sol en la espalda, me di cuenta de que la tierra no me había expulsado y de que los rayos de luz no me habían partido en dos.

Me levanté y sonreí a Yvette. Nos alejamos unos pasos del edificio del centro de internamiento. Mientras caminábamos, cuando las otras chicas no miraban, me metí la mano por debajo de la camisa hawaiana y solté la faja de algodón que me apretaba el pecho. La tiré al suelo y la aplasté contra la tierra con el tacón de mi bota. Respiré profundamente el aire fresco y limpio.

Cuando llegamos a la puerta del recinto, las cuatro nos detuvimos. Miramos al exterior, tras la alta valla de alambre de espino, hacia las elevaciones de Black Hill. La campiña inglesa se extendía ante nosotras hasta el horizonte. Había una ligera bruma en los valles, pero el sol de la mañana doraba las cimas de las colinas. Sonreí, porque el mundo entero se me ofrecía fresco, nuevo y brillante.